
LA FE ANTE LA CIENCIA MODERNA

I

Del abuso que en nuestros días se hace de la palabra ciencia.

Un hombre que pasa por tener lo que se llama co-razón, se ha atrevido á afirmar que, ante los *descubrimientos de la ciencia moderna*, la fe se hacía de todo punto imposible; que un hombre razonable y un poco instruído no podía ya creer; que de buen ó mal grado era preciso hacerse cargo de ello, aunque los Curas se indignasen y pusiesen el grito en el cielo, y aunque todas las mujeres gimiesen y derramasen todas las lágrimas de sus ojos. Empieza un nuevo mundo; aparece la religión del porvenir: el reino del verdadero Dios, que es el hombre, va á sustituir al reino del Dios antiguo, que es *Cristo*; la fe va á ocupar su sitio entre los cuentos de viejas; estamos en pleno progreso de luces, de civilización, etc., etc., etc.....

En nada descansan todas esas extrañas aseveraciones, hijas del racionalismo y de la francmasonería. La ciencia no ha descubierto *nada* que sea ni pizca contrario á la fe. Todos estos pretendidos sabios que ensalzan la ciencia á expensas de la Religión, no son otra cosa que globos hinchados, desprovistos de aire respirable, fuertes y formidables en apariencia, pero en realidad formados de simple binza ó tela y completamente huecos. Tienen siempre en los labios la palabra *ciencia*: si atacan la existencia de Dios, es en nombre de la *ciencia*; no son ellos, es la ciencia quien rechaza la divinidad de Cristo, quien niega lo milagroso y lo sobrenatural; la *ciencia* es quien demuestra que no tenemos alma..... *Et sic de cæteris.*

En el siglo pasado, la *naturaleza* era la que hacía todo esto. La *naturaleza* era la Divinidad y el caballo de batalla de los enciclopedistas. ¿Qué era la *naturaleza*? ¿Dónde estaba? José de Maistre buscaba á alguien que pudiera darle razón de dicha señora. Pero nadie sabía dónde dar con ella, y cuando se la llegaba á encontrar, ó no decía lo que se la quería hacer decir, ó decía cabalmente lo que no se quería que dijese. Hízose insoportable el embolismo, y los incrédulos acabaron por no atreverse á ser partidarios de la *naturaleza*.

Los sucesores de los enciclopedistas sustituyeron la *naturaleza* por la *ciencia*. Pero como para ellos la señora *ciencia* no era otra que la señora *naturaleza* vestida á la moda, tenemos que ha quedado en pie la importuna pregunta del conde de Maistre:

¿Qué es la ciencia? ¿De dónde viene? Mostradnos sus títulos.

Verdad es que alguno ó algunos caballeros se adelantaron hasta las candilejas, y afirman doctoralmente que está allí entre bastidores, dispuesta á presentarse, y que ella ha sido quien con su infalible acento les ha dicho esto y aquello; pero el misterioso sér que anuncian siempre y que dicen destinado á dar al traste con la vieja superstición cristiana, jamás comparece.

Es que lo que ellos tienen la osadía de llamar ciencia no es tal ciencia ni cosa que se le parezca. Si la ciencia pudiera ser desacreditada, ellos serían quienes la desacreditarían. Afortunadamente está fuera del alcance de sus falsificaciones y de sus calumnias: la Iglesia es su fiel depositaria, y alumbrando su camino y privándole de extraviarse, la libra del suicidio, al mismo tiempo que la priva de levantar la mano contra su hermana mayor que es la fe.

¿Qué es, pues, en realidad la *ciencia*?

II

Lo que es la ciencia.

Entre cada cien incrédulos de los que se jactan de científicos, estoy seguro de que ni dos se encontrarían que supiesen *lo que es la ciencia*. ¡Cosa rara! Cabalmente nosotros, los cristianos, espíritus atrasados, obscurantistas, somos los que debemos dar lecciones á

esos pretendidos maestros. Generalmente, cuando se quiere saber qué es el arte militar, se acude á los hombres especiales. Aquí no pasa lo mismo; los hombres especiales de eso que se llama las ciencias modernas, no pueden decirnos lo que es la ciencia; para ellos esta es una noción perdida. Sus definiciones están en completa divergencia, yéndose cada uno por su lado como los cohetes en un ramillete de fuegos artificiales: la una sale falseada por todos sus cuatro costados; la otra mete mucho ruido y así presenta brillante apariencia. De aquella no hay que hablar, de ésta hay que decir que es como fuego artificial, luz efímera que en lugar de desvanecer las tinieblas, nos las presenta mucho mayores. La verdadera ciencia viene de Dios, como de Dios viene la verdadera fe: dos hermanas que constituyen los dos ojos del hombre perfecto, es decir, del cristiano; y así como de la combinación de los dos ojos se origina la óptica, de igual suerte la combinación de la fe y de la razón dan al hombre la verdad, la vista y el conocimiento de lo que él es.

La ciencia, dice Santo Tomás, *es el conocimiento de las cosas por sus causas* (1). No es simplemente el conocimiento de las cosas, es el conocimiento de las causas de las cosas; es la filosofía de todos los conocimientos humanos. Ved ahí lo que es la *ciencia* en general.

Así, por ejemplo, la astronomía no es solamente el descubrimiento de los astros, el testimonio de su po-

(1) *Scientia est cognitio rerum per causas.* (Sum. Theol.)

sición respectiva y de sus movimientos; es el conocimiento de las leyes superiores que rigen en el mundo de los astros, por lo menos hasta donde puede en esta vida el hombre averiguarlas. Hay, en efecto, allá arriba profundos misterios que no dejan de estar muy relacionados con el orden sobrenatural. Cuando más profundizará un astrónomo estas leyes, tanto más *sabio* será. Si no las conoce, ó si de ellas tiene nociones equivocadas, entonces sería un semi-sabio, un sabio de contrabando, un cómico de ciencia.

Bajo este mismo punto de vista, la medicina no es únicamente una prolongada serie de experimentos y de hechos probados, ni el simple conocimiento de los remedios que mejor curan tal ó cual enfermedad: es más que eso; es el conocimiento harto difícil y misterioso de la salud y de las enfermedades, y de la causa íntima de estas últimas. Un médico que no se remonte á esta altura podrá ser un hábil y utilísimo empírico; pero jamás será ni podrá ser un sabio.

Pasemos á otro punto; la historia. La historia no es el simple conocimiento de los hechos, ni la averiguación cronológica de todo lo que ha pasado en la tierra desde la formación del mundo: es más que eso: es la penetración de las causas secretas de todos los acontecimientos, de todas las luchas que sucesivamente han hecho que hoy el bien triunfase del mal, y que mañana triunfase el mal del bien. El conocimiento de estas causas, ó más propiamente hablando, de esta causa, porque no hay más que una, la lucha de Satanás y

del mundo contra Jesucristo y su Iglesia, este conocimiento es el que constituye la *ciencia* de la historia, del historiador, del sabio, del filósofo.

Lo mismo pudiera decirse de todas las demás ciencias. Todos los conocimientos que no exigen más que memoria, análisis, paciencia y observación, no son *ciencias*. Los hombres especiales que de ellos se ocupan, por grande que sea su saber, nunca pasan más allá de ser unos hombres instruídos; falta á sus estudios el carácter esencial de la ciencia, el conocimiento filosófico de las causas de todos los fenómenos que presentan.

Esta sola observación quita irremisiblemente el bonete de *sabio* á una porción de hombres más ó menos instruídos que modestamente se honran en nuestros días con ese título. La cirugía, por ejemplo, no es ni puede ser una ciencia: es un arte. Y lo mismo puede decirse de la mayor parte de las aplicaciones prácticas, tales como la física, la química y hasta las mismas matemáticas. Los trabajos que exigen de continuo aplicaciones materiales, no pueden ser colocados entre la ciencia. Toda ciencia es esencialmente filosófica; son lo que quiero decir que reside principalmente en la inteligencia y que debe poder sostenerse en ella sin necesidad de recurrir á una aplicación práctica.

Reflexiónese seriamente sobre esto, y se verá cuán falsa y orgullosa es la pretensión de ese sinnúmero de hombres instruídos de nuestros días, en quienes las abstracciones matemáticas han falseado el criterio y han hecho perder la fe. La falsa ciencia enorgullece y

ciega, en tanto que la ciencia verdadera da luz y elevación.

No basta el título de sabio; para serlo, es menester ser hombre de ciencia y no únicamente hombre de saber. Recomendamos á nuestros lectores que mediten la admirable definición que de la ciencia ha dado santo Tomás. Esta definición bien comprendida aclara por completo la cuestión, llega hasta el fondo de ella, y nos presenta la ciencia tal como es. Nada más sencillo, y á la par nada más profundo: *La ciencia es el conocimiento de las cosas por sus causas.*

III

Los descubrimientos de la ciencia en nada contradicen las verdades de la fe.

Desgraciadamente hay pocos hombres verdaderamente sabios, y nos encontramos con esta profusión de falsos sabios, engendro del enemigo de nuestras almas, y que pululan hoy por todas partes burlándose de la Iglesia y de la fe, aprovechando todas las ocasiones que se les presentan para anunciar descubrimientos que prueban tan claramente como que dos y tres son cinco, que no existe un *Dios* creador de todas las cosas; que la Sagrada Escritura, y por consiguiente la Iglesia, se engañan groseramente; que los cristianos no tienen sentido común, y otras mil barbaridades por el estilo.

En medio de todas esas impías aseveraciones de la falsa ciencia, es muy curioso el profundizar un poco

todos esos grandes descubrimientos. A medida que uno los va mirando más de cerca, los vemos ir desapareciendo y desvanecerse como esos copos de nieve que el ardor del sol derrite. Desaparecen bajo el doble punto de vista de la cantidad y de la cualidad: redúcense á trece ó catorce artículos, y esos trece ó catorce artículos se reducen á nada. El padre de la mentira y los falsos sabios que son sus herederos nos hacen la guerra como se dice que la hacen los chinos, que para asustar á sus enemigos levantan frente de ellos colosales figuras de dragones y de terribles monstruos: todo esto no más de lejos asusta: de cerca todo se reduce á un trozo de madera y algunas hojas de cartón. Acerquémonos, pues, á nuestros *chinos*.

En el siglo XIX los oímos llamarse Sain Simon, Broussais, Cousin, Fourier, Pedro Leroux, Infantin, Considérant, Cabet, Guérolt, Bory Saint-Vicent, Lamark, Quinet, Michelet, Reynaud, Miguel Chevalier, Comte, Proudhon, Taine, Littré, Renan, Vacherot y muchos otros franceses y extranjeros.

Todos hablan de descubrimientos científicos incompatibles con la fe, y todos se engañan; porque, una de dos, ó estos descubrimientos son verdaderos, ó son hipótesis quiméricas é improbables. En el primer caso, fácil es probarles que la fe cristiana de ningún modo está en contradicción con lo que ellos hayan descubier- to. En el segundo caso, ni siquiera nos tomamos la molestia de contestarles, y con mucha razón les pedimos nos permitan dudar de su infabilidad mientras no

nos proporcionen convincentes pruebas. Francamente, ¿es pedir mucho eso?

Los falsos sabios gustan mucho de este último sistema, que no exige más que audacia é imaginación. Parten de un supuesto que existe únicamente en sus calenturientos cerebros, y de ese supuesto deducen infinitas consecuencias. Y cuando se pierde ya de vista la nada absoluta de su punto de partida, entonces se les toma por hombres formales, por pensadores profundos, por filósofos, por sabios. Pero que se les mire de cerca, y se verá ese pecado original, irremisible, en la base de todos los sistemas de la ciencia incrédula. Rousseau, Saint-Simon, Fourier, Cousin, Proudhon y Renan no tienen otros *lazos* que estos para sorprender al público, especialmente al público de las escuelas.

Dejemos á un lado las hipótesis puras y simples; examinemos formalmente los descubrimientos científicos que parecen tener en sí mismos algún valor y que se quieren oponer á la enseñanza católica. No temamos: una verdad no puede contradecir á otra verdad, y las verdades de la ciencia vienen *todas*, directa ó indirectamente, á rendir homenaje á la verdad suprema.

IV

PRIMERA OBJECCIÓN.

Según el sistema de Laplace, no hay necesidad de un Dios creador para explicar la formación de la tierra.

El geómetra, astrónomo y físico Laplace formuló á fines del siglo pasado, una ingeniosa teoría de la for-

mación de nuestro sistema planetario, y la presentó á Napoleón I, diciéndole que con ella ya no tenían los astrónomos más necesidad de Dios.

Nuestro sistema solar, es decir, la reunión del sol y de los planetas—decía Laplace—debió formar en su origen una inmensa nebulosa, y la condensación de la masa mayor de esta nebulosa formó el sol, que ha continuado haciendo lo que hacía toda junta la nebulosa aquella, es decir, girando sobre sí mismo. No todo estaba condensado, y las simples leyes de la mecánica han exigido que al rededor del sol se hayan ido formando anillos parecidos al que la astronomía prueba que existe todavía al rededor del planeta Saturno. Yendo condensándose estos anillos han tomado la forma esférica y han producido los planetas. El mismo fenómeno aplicado á los planetas ha producido sus satélites, y esto parece confirmado por un hecho notable, que consiste en que todos los planetas giren en un mismo sentido y casi en un mismo plano, lo propio que sus satélites, que por añadidura también giran sobre sí mismos en igual sentido ó dirección. Todo esto parece ser una consecuencia mecánica necesaria de la hipótesis primera.—Este es, en resumen, el sistema de Laplace, tal como se encuentra en la *Exposición del sistema del mundo*.

Observemos en primer lugar que este sistema no es ni puede ser más que una hipótesis, esto es, una simple suposición referente á un hecho esencialmente desconocido; y que en buena lógica una hipótesis, por

ingeniosa, por plausible que pueda ser, jamás puede servir de base á conclusiones absolutas. Una hipótesis lo más que da de sí son probabilidades.

Eso no quiere decir que este género de averiguaciones esté prohibido, ni sea tan siquiera inútil, como lo es el estudio fisiológico de las diferentes fases por que pasa el embrión animal para llegar poco á poco á su completo desarrollo. El animal no se concibe primitivamente tal como le vemos nacer: sale de un primer principio en el que ningún órgano hay todavía visible, pero que los contiene todos en germen; y sólo después de haber pasado por una misteriosa serie de transformaciones es cuando alcanza la plenitud de su organismo. Esta formación lenta, lejos de excluir el acto y el misterio de la generación, lo presupone. Y esto mismo hay que decir respecto al acto y al misterio de la creación para todo el mundo.

En segundo lugar, notemos que el sistema de Laplace; en el cual ha pretendido apoyarse la escuela materialista para negar el misterio de la creación y hasta la existencia de Dios, de ningún modo prueba lo que pretenden los impíos. En efecto, ¿qué supone Laplace? Supone que en su origen nuestro sistema solar (y no las demás estrellas, cada una de las cuales por su parte ha podido estar sometida á leyes análogas, pero de que aquí no se trata), se componía de una gran nebulosa primitiva que daba vueltas ó giraba sobre sí misma. Hacedme el obsequio de decirme ¿en qué obsta esto á la creación y á las leyes del Creador?

¿Quién hizo la nebulosa primitiva? ¿Se hizo por sí sola? Si un reloj no puede hacerse por sí mismo, y si es contrario al buen sentido el suponer un reloj sin relojero, un libro sin impresor, un cuadro sin pintor, ¿cuánta mayor razón será imposible concebir una creación tan poderosa, tan inmensa como esa nebulosa sin Creador?

Hay unas leyes que Laplace supone en la nebulosa primitiva como propias de su misma substancia; y estas leyes presuponen una causa primera creadora. Es indudable que la nebulosa se fué condensando en virtud de una ley, la ley de la condensación; y esta ley ¿quién la puso? ¿quién la hizo? ¿quién la dió poder bastante para que la nebulosa haya estado absolutamente sometida á ella?

No hay efecto sin causa. ¿Quién es, pues, el autor de las leyes mecánicas que produjeron aquellos movimientos sucesivos de rotación, de aquellos anillos gaseosos que daban vueltas en un mismo sentido y en un mismo plano, y de todo aquel conjunto de leyes y de fenómenos? Una vez condensada en su forma esférica la tierra que habitamos, ¿quién enfrió y solidificó su superficie? ¿quién impuso la ley del enfriamiento, de la transformación sucesiva de los fluídos y de los sólidos? ¿Quién hizo la electricidad? ¿Quién hizo la luz? ¿Quién hizo el hidrógeno, ese famoso hidrógeno que incesantemente sacan á relucir nuestros sabios modernos? En una palabra, ¿quién hizo el cielo y la tierra, con sus prodigiosas leyes, con la maravillosa unidad y con la no

menos maravillosa multiplicidad de las leyes cuyo conjunto forma el universo?

El incrédulo que de la hipótesis de Laplace quiere sacar consecuencias ateas y materialistas, es un ciego: no ve que no hace otra cosa que salirse de la cuestión y que nada prueba.

Aun aceptando, como lo hacen muchos y muy distinguidos sabios cristianos, esta teoría de la formación del mundo, probamos hasta la evidencia que ella deja en pie la necesidad absoluta y el misterio fundamental de una causa primera, de un poder eterno, preexistente, absoluto, increado, infinito, creador de todas las substancias, de todas sus leyes y de todos sus fenómenos; un Sér que existe por sí mismo y sin el cual nada existe.

Este poder creador es por precisión inteligente y libre; porque sin la inteligencia y sin la libertad no hay poder capaz de obrar; y este poder es el que proclama y adora la humanidad entera, y este poder es el que adoramos bajo el nombre de Dios, palabra derivada del latín, que éste tomó del griego, como este último le había tomado anteriormente del hebreo. En hebreo, el Sér eterno y creador se había llamado á sí mismo JEHOVÁ, es decir, *el que es*.

Dios, por lo tanto, es el que es, el que es por su propia virtud, y por cuya virtud existe *todo* lo que existe. Está todo entero, uno é indivisible en todas partes; está todo entero y á un mismo tiempo; es eterno; superior á las sucesiones de los tiempos y á las divisiones

del espacio; es un espíritu puro, y no hay criatura alguna que por su sola luz natural pueda ver su divina esencia, mientras que El, el Infinito, el Todopoderoso, lo ve todo, lo sabe todo y lo puede todo.

Nosotros podemos conocerle, aunque no le podamos comprender. Conocemos su existencia y sus atributos generales por medio de la contemplación de sus obras; como conocemos la existencia, la inteligencia, la habilidad, la paciencia del relojero por medio del examen de su trabajo y del admirable mecanismo salido de sus manos. Nada, pues, más ridículo, nada más descartado que la aserción de no sé qué francmason contemporáneo, que declaraba no há mucho que "Dios no es demostrado ni demostrable."

Si le parece sospechosa nuestra opinión, oiga por lo menos la de un hermano, de un maestro en francmasonería y en incredulidad, el tristemente célebre Voltaire: "Me parece *absurdo*,—decía Voltaire,—hacer depender la existencia de Dios del A B dividido por Z. ¿A qué extremo habría llegado el género humano si fuera preciso estudiar la dinámica y la astronomía para conocer al Sér supremo? Ojos no álgebra se necesita para ver el día." (1)

"Esta noche estaba yo meditando—decía en otra parte el mismo escritor:—absorto en la contemplación de la naturaleza, admiraba la inmensidad, el curso, la relación de esos globos infinitos; y admiraba todavía

(1) *Corresp. gen.*, 1753, t. IV, p. 463.

más la inteligencia que preside á esa vasta maquinaria. Y decía para mí: es preciso estar *ciego* para no quedar asombrado ante ese espectáculo, es preciso ser *estúpido* para no reconocer su Autor, es preciso ser *loco* para no adorarle." (1)

Volviendo ahora á la nebulosa del marqués de Laplace, diremos que todo el mundo está en libertad de adoptarla ó de no adoptarla: la fe católica no tiene interés alguno ni en pro ni en contra.

V

SEGUNDA OBJECCIÓN.

A los ojos de la ciencia moderna está probado que la Biblia se equivocó cuando nos dice que la creación es obra de seis días.

El primer descubrimiento positivo que los incrédulos han querido oponer á los datos de la fe se refiere á la obra de los seis días.

El Génesis nos refiere que Dios nuestro Señor, omnipotente y eterno, queriendo crear el mundo, lo hizo en *seis días*; que en el primer día creó la luz; en el segundo, el aire y las aguas; en el tercero, la tierra firme con el reino vegetal; en el cuarto, el sol, la luna y las estrellas; en el quinto, los seres animados en el agua y en el aire, y finalmente en el sexto, todos los animales

(1) *Diction, philos.*, art. *Religion*.

de la tierra. Y como coronamiento de su obra, entre el sexto y séptimo días, formó al hombre, hijo adoptivo é imagen de Dios en medio de la creación.

Los geólogos han venido y nos han dicho: "Esta relación no es exacta: nosotros tenemos la prueba material de su inexactitud. Del examen de las diferentes capas sobrepuestas que forman la corteza de la tierra, deducimos que *han sido precisos* siglos y siglos para que la tierra llegase á su estado actual. Verdad es, y lo afirmamos hasta donde nos es posible afirmarlo, que el relato de la Escritura está conforme con el orden de superposición que notamos en las diversas capas y en los restos fósiles que contienen; pero no admitimos, ni podemos científicamente admitir que esto sea obra de *seis días*."

Sea, responde la Iglesia; admito como ciertas vuestras observaciones. ¿Tienen ellas algo contrario á la fe propiamente dicha? ¿No ha dicho San Pedro: *Sabedlo bien; para el Señor un día son mil años, y mil años son un día?* (1) La voz hebrea que el Génesis ha traducido con la palabra *día*, puede perfectamente tomarse como una época indeterminada, y las palabras *tarde* y *mañana*, de que se sirve en este pasaje, se interpretan igualmente en el sentido de *principio* y *fin*. San Agustín dice explícitamente que los días del Génesis pueden ser períodos más ó menos largos.

Así, pues, aun admitiendo sin restricción de ningún

1 *Epist.* II, cap. III, v. 8.

género vuestra hipótesis y la exactitud de los datos de vuestra ciencia, vuestras aserciones no destruyen ni un ápice de lo que yo sostengo.

Podríamos añadir aquí algunas observaciones de bastante peso que echarían tal vez por tierra la exactitud de la hipótesis de esos períodos inconmensurables; ved ahí una. No se puede asegurar cuál fué el desarrollo, la rapidez y la fuerza de la vida animal bajo la acción incalculable del fuego central de la tierra, y el trabajo de los elementos, y la rapidez de la vegetación, y el vigor de las plantas y de los árboles.

Del actual estado de las cosas, ¿puede en buena lógica deducirse otro estado que no existe ya y de que ni la menor idea se tiene? ¿Por qué, por ejemplo, tal ó cual fenómeno que en el estado actual de las cosas exige un siglo para verificarse, no habría podido tener efecto en un día ó hasta en algunas horas, bajo una acción mil ó dos mil veces más poderosa? Si el principio del retoño de un árbol era mil veces más activo entonces que ahora, ¿por qué no había de ser posible que ese árbol que hoy emplea cincuenta años en llegar á su completo crecimiento, lo alcanzase entonces en diez y ocho ó veinte días, esto es, en la milésima parte de estos cincuenta años? Aplicad el ejemplo á la formación y á la vida de los animales. Aquí no hay *imposibilidad* alguna científica.

Otra observación, y está sacada del orden sobrenatural, que nos presenta á los espíritus ó Angeles como á las fuerzas motoras de la materia. Todos los elemen-

tos que formaron la obra de los seis días se encontraban, merced á la acción y reacción de los Angeles buenos y malos que los regían, en un estado *sobrenatural*, y en una lucha gigantesca que modificaban profundamente sus leyes naturales, únicas de que pudiera darse la ciencia; y por lo tanto bajo esta acción extraordinaria se hacían muy posibles las formaciones, las eflorescencias imposibles en el estado natural.—No digo que hayan pasado así las cosas; digo únicamente que *pueden* haber pasado así; y que desde este momento las *imposibilidades* que demuestra la geología, son únicamente relativas.

Pero todas estas observaciones, por muy interesantes que en sí mismas puedan ser, no sirven para contestar victoriosamente á la falsa ciencia que trata de confundirnos. Basta y sobra con la primera contestación que hemos dado: sea cual fuera la duración de los días de la relación del Génesis, la ciencia geológica no está en este punto en desacuerdo con la fe.

Y añadiré que por mi parte, hasta que vea una prueba *absoluta* de lo contrario, he de creer y he de decir que los días del Génesis son períodos mucho más breves de lo que les exigen las observaciones de una ciencia que hace abstracción de lo sobrenatural y de los milagros: primeramente porque esta *opinión* es la que más se aproxima al texto mismo de las sagradas páginas, texto literal del que no es lícito separarse sino cuando la *evidencia* nos lo exige por una ley; y luego, porque el Espíritu Santo, al referirnos por boca del

gran Moisés los misterios de la creación, parece señalarnos allí un milagro, no sólo por la acción omnipotente de Dios formándolo todo de la nada, sino también por la forma sobrenatural y la rapidez de aquella grande obra.

Sea lo que fuere, bajo ningún concepto está interesada la fe en la cuestión que acabamos de resumir.

VI

TERCERA OBJECCIÓN.

Antiguos monumentos descubiertos en Egipto y en el Oriente, echan completamente por tierra la cronología de la Biblia, señalando al mundo habitado una antigüedad infinitamente mayor.

Todos esos monumentos nada echan por tierra, porque nada prueban. La falsa ciencia ha triunfado por un momento, creyendo haber encontrado en esos monumentos la prueba auténtica de una fabulosa antigüedad del mundo habitado, absolutamente contradicha por los Libros sagrados; pero ha venido la ciencia verdadera, y se ha hecho luz inmediatamente.

No haremos aquí más que indicar esta objeción, porque es una cuestión, por decirlo así, desvanecida por la ciencia.

La sagrada Escritura pone un especial cuidado en fijarnos el número de años que vivieron los primeros Patriarcas, desde Adán hasta el diluvio, y desde el diluvio hasta Abraham y hasta Moisés. A este cómputo